

Tucídides

# Historia de la Guerra del Peloponeso

Introducción, traducción y notas  
de Antonio Guzmán Guerra



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1989  
Tercera edición: 2014  
Segunda reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, la traducción y las notas: Antonio Guzmán Guerra  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-9149-7  
Depósito legal: M-19.102-2014  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

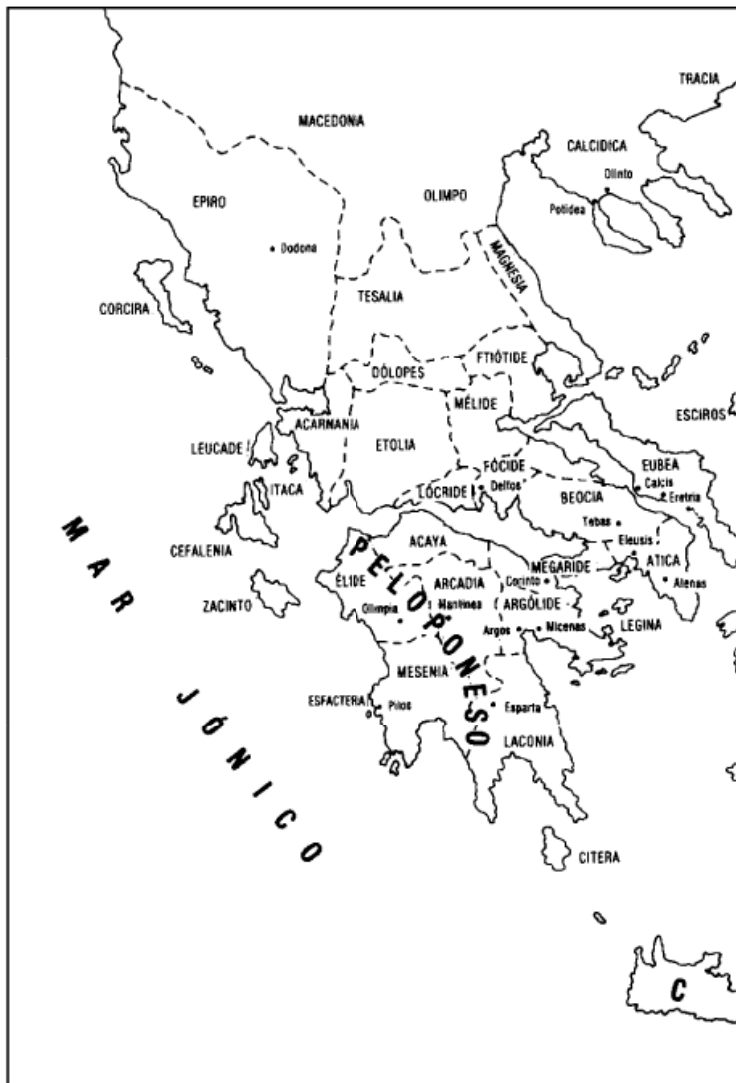
13	Introducción
45	Libro I
161	Libro II
251	Libro III
345	Libro IV
461	Libro V
551	Libro VI
647	Libro VII
733	Libro VIII
831	Índice de nombres propios
835	Cuadro cronológico



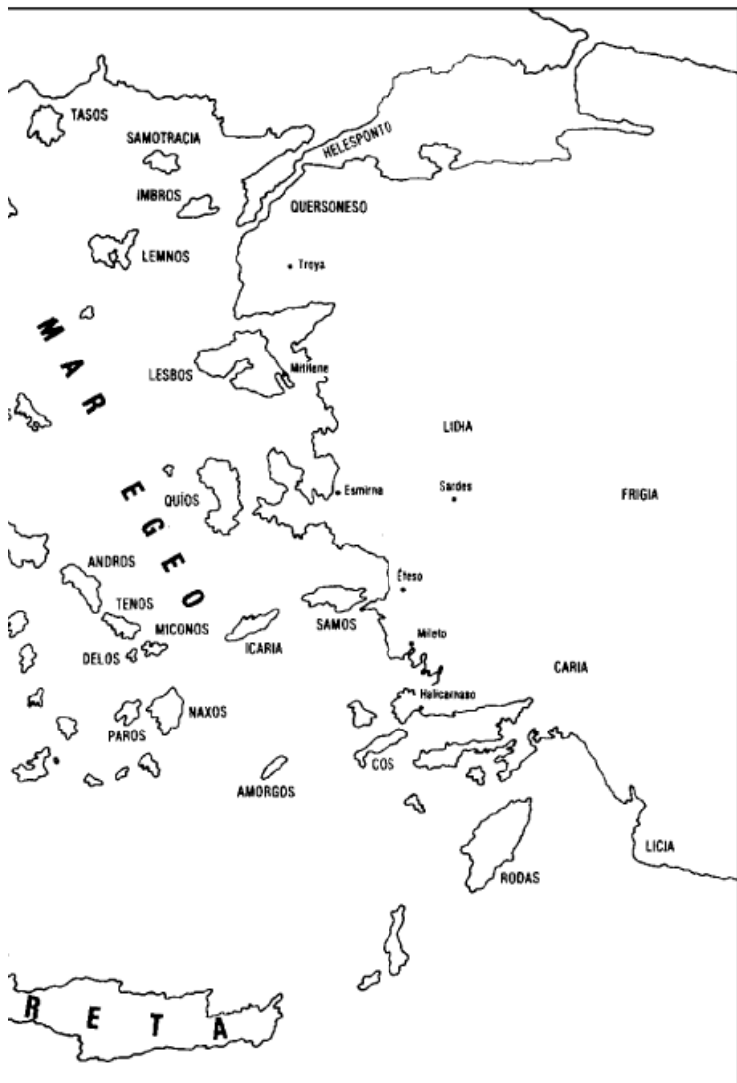
*It is the common experience of people who study Thucydides intensively over a long period that one goes on indefinitely noticing things in him which one has not noticed before. This could be said of other authors too, ... in the case of Thucydides there always seems to remain the possibility that something really important is still waiting to be noticed.*

K. J. DOVER, *Thucydides*

NOTA DEL TRADUCTOR: Deseo expresar mi agradecimiento a Francisco Javier Martínez García por haber revisado la traducción.



Mapa general



de Grecia antigua





# Introducción

## 1. El autor y su época

Las fuentes que nos han transmitido noticias sobre el personaje histórico Tucídides son básicamente de tres tipos: *a)* la información de carácter autobiográfico que el propio autor ha ido desgranando a lo largo de su obra; *b)* dos *Vidas* de Tucídides, conservadas en algunos manuscritos medievales (una de ellas tradicionalmente atribuida a un biógrafo del siglo V después de Cristo, de nombre Marcelino, y otra de autor anónimo) y, finalmente, *c)* ciertas noticias de fuentes diversas de la Antigüedad<sup>1</sup>.

Una serie de datos parecen incontrovertibles, de modo que empezaremos exponiéndolos. Es seguro que nuestro

1. Como no era menos de esperar, los datos biográficos que nos suministran estos testimonios son en parte complementarios, pero también son parcialmente contradictorios. La crítica histórica y filológica ha intentado poner un poco de orden en este revoltijo. Cf. L. Piccirilli, *Storie dello storico Tucidide*, Génova, 1985, y E. Vulgo Gigante, «Il bios tucidideo di Marcelino e lo zelos omerico», *Annali Facoltà Lettere Napoli*, 24, 1981, 5-16.

autor era un ciudadano ateniense que pertenecía al demo de Alimunte<sup>2</sup>, aunque su genealogía por vía paterna se remontaba a Tracia (como se atestigua por las explotaciones mineras de que fue propietario su padre, Oloro, en dicha zona, y por la vinculación particular que desde siempre unió a Tucídides con dicha región). También consta como dato indubitable el hecho de que sufrió la peste que diezmó Atenas al comienzo mismo de la Guerra del Peloponeso (exactamente durante el verano del año 430), así como su participación en los acontecimientos del año 424/423 en torno a la ciudad de Anfípolis<sup>3</sup>, adonde acudió (demasiado tarde, por cierto) como refuerzo frente al espartano Brásidas. Este testimonio resulta verdaderamente precioso, pues gracias a él podemos suponer que Tucídides no debió de nacer después del año 454, de acuerdo con lo que sabemos sobre el hecho de que en Atenas no se podía ejercer el cargo de estratego antes de haber cumplido los treinta años. Entendemos, por otra parte, que no debe darse mayor crédito que el de pura anécdota al testimonio de la tradición (representada en este caso por Apolodoro, *FGrHist*, 244 F 7b, y el léxico Suda, s.v. *Thoukydides*) que nos transmite como

2. Encontramos la noticia en ambas *Vidas*, además de en Plutarco, *Vida de Cimón*, 4.

3. Este asunto de la intervención de Tucídides en la campaña de Anfípolis está directamente conexo con la cuestión del posible destierro sufrido por el historiador durante veinte años (aunque no está necesariamente claro si la relación fue de causa a efecto). Recientemente pueden verse los trabajos de H. D. Westlake, «Thucydides and the fall of Amphipolis», *Hermes*, XC, 1962, 276-287; J. R. Ellis, «Thucydides at Amphipolis», *Antichthon*, XII, 1978, 28-35, y aún más reciente otra vez Westlake, «Thucydides, Brasidas and Clearidas», en *GRES*, XXI, 1980, 333-339. Añádase a ellos el excelente libro de J. Schepens, *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du v siècle avant J-C*, Bruselas, 1980, en especial el capítulo correspondiente a las páginas 152-180.

fecha de nacimiento el año 471. Da la impresión, en efecto, de tratarse de un mero recurso mnemotécnico para hacer coincidir el comienzo de la guerra con el cumpleaños cuarenta de su autor. Más discutida ha sido la cuestión del exilio de Tucídides. En efecto<sup>4</sup>, se trata de examinar un texto que resulta verdaderamente clave, no sólo a propósito del exilio, sino en cuanto que afecta también a la propia composición de la obra, la posible atribución de este pasaje a Jenofonte (de quien sabemos gracias a Diógenes Laercio, II, 57, que fue quien logró el manuscrito original de Tucídides, lo editó y lo puso en circulación, tal vez después de haber revisado el texto), etc. Desde luego, debemos decir que la tradición antigua no sospechó de la autenticidad del exilio, y ahí están los testimonios de Cicerón, *Orator*, II, 56 (aunque en su otra obra *Bruto*, 47, leemos que Tucídides estaba en Atenas en el año 411, durante la defensa del orador Antifonte), Dionisio de Halicarnaso, *Tucídides*, 41, Plinio, *Historia Natural*, VII, 111, Plutarco, *Vida de Cimón*, 4, etc. En cambio, no podemos negar que hay detalles en el relato de la obra de Tucídides que resultarían verdaderamente difíciles de conocer para una persona que hubiera tenido que

4. Cuestionar el exilio de Tucídides es un asunto moderno (Wilamowitz ya planteó reservas en un trabajo suyo aparecido en *Hermes*, XII, 1877, 326-367). Ha sido en efecto sobre todo L. Canfora quien con mayor energía y en diversas ocasiones (*Tucidide Continuato*, Padova, 1970, «Storia antica del testo di Tucídide», *QS*, III, 1977, 3-39, «Tucidide non esiliato e la testimonianza di Aristotele», *BIFG*, IV, 1977-1978, 35-43, «L'historien Thucydide n'a jamais été exilé», *DHA*, VI, 1980, 287-289) pretende desautorizar las palabras del propio Tucídides en V, 26, y niega que nuestro autor haya sufrido tal destierro de veinte años. En efecto, Canfora atribuye dicho pasaje (el llamado «segundo proemio») al historiador Jenofonte, que vendría a ser así el que sufrió el debatido exilio. Cf. también L. Piccirilli, «Eisangelia e condanna di Temistocle», *CCC*, 4, 1983, 333-363, donde dedica unas páginas a «L'esilio di Tucídide riconsiderato».

vivir veinte años de destierro. ¿Cómo pudo, por ejemplo, enterarse nuestro historiador del nivel que alcanzaron las protestas populares tras el escándalo de los hermocópidas y la parodia de los Misterios? o ¿cómo pudo conocer los pormenorizados preparativos del golpe de Estado que tuvo lugar en Atenas el año 411? Finalmente, debemos manifestar que la copiosa literatura que existe dedicada al tema del destierro, de la figura de ilustres exiliados, etc., guarda silencio (algo que no deja de ser cuando menos llamativo) a propósito del exilio de nuestro personaje<sup>5</sup>. Resumamos, sin embargo, la cuestión diciendo que a nuestro juicio cabe pensar (aun estimando el esfuerzo, verdaderamente propio de «diez jayanes», de Canfora) que el texto del segundo proemio debe atribuirse a Tucídides, y que en consecuencia el exilio del que en él se nos habla es un dato biográfico de Tucídides y no de Jenofonte. Lo diremos con palabras de Romilly: «L'exil qui frappait l'historien servait par là l'histoire».

Inseguras son del mismo modo las noticias que conocemos sobre la fecha, el lugar y las circunstancias de su muerte. Es cierto que regresó a Atenas una vez acabada la guerra, en el 404 (en este sentido sabemos por Pausanias, I, 23, que se hizo aprobar por Enobio un decreto en el que se le autorizaba el regreso), también es cierto que nos ha dejado su obra con el relato bruscamente interrumpido en los acontecimientos del año 411. Pero no sabemos en cambio más detalles ciertos sobre su muerte (según unos acabó sus días en Tracia, según otros en Atenas), que debe situarse en torno al 398-397.

5. Por ejemplo, ahí están los testimonios de Musonio (que hubo de sufrir el destierro varias veces por orden de Nerón y Vespasiano), Séneca (que trató el tema en su obra *Ad Helviam, de consolatione*) o Favorino, desterrado a Quíos, de donde regresó por el favor de Antonino Pío.

Sin caer en la bachillerada de afirmar que el siglo V antes de Cristo es el Siglo de Oro de la ciudad de Atenas y de su imperio, es obvio que en los cincuenta años que mediaron entre los últimos grandes enfrentamientos bélicos greco-persas (Maratón, Salamina, 490, 480) y el año 431 (comienzo de esta Guerra del Peloponeso) Grecia en general y más en particular Atenas conocieron un acelerado proceso de transformación. No se trató sólo de un aumento en la creación de riqueza gracias al expansionismo comercial favorecido por la multiplicación de los lazos y contactos entre ciudades, sino que se inició un auténtico proceso de renovación en la sociedad, la cultura y la política de estos años. Tucídides, como joven adinerado de educación esmerada, y cuyas rentas mineras le iban a permitir dedicarse sin preocupaciones por urgencias económicas a su quehacer de historiador, recibió influencias directas, o al menos próximas, de los grandes intelectuales del momento, de Anaxágoras (de quien parece incluso que llegó a tomar en préstamo el término *eclipse*), de Pródico, de Protágoras y de Gorgias, etc. La clase dirigente vive, pues, en este ambiente ilustrado en el que circula como moneda corriente la creencia en el carácter convencional de la Ley, en el que se busca una interpretación racionalista del universo y de la realidad social de la polis. Como es lógico (y a pesar de que el concepto como tal no aflora hasta unos años más tarde con Aristóteles), de este ambiente se ve impregnada la filosofía, pero también todas las demás ciencias, desde la Gramática a la Medicina<sup>6</sup>. En efecto, al igual que el médico ha de basar su diagnóstico de la enfermedad a partir de una sintomatología, será a su vez tarea del historiador interpretar los acontecimientos de la vida social de los hombres partiendo de la observación, del

6. Las influencias y conexiones entre Hipócrates y Tucídides han sido estudiadas por C. Lichtentaeler, *Thucydide et Hippocrate*, Ginebra, 1965.

análisis y del estudio crítico de sus auténticas causas naturales. De modo que Tucídides, criado en este ambiente, ha de verse abocado a escribir un tipo de historia política fundada en unas bases científicas, una historia racionalista.

¿A qué facción política pertenecía, en qué lado del espectro político tendríamos que situar a nuestro historiador en función de sus amistades, sus intereses y su grado de compromiso social con su ciudad? Sin lugar a dudas, Tucídides era un entusiasta simpatizante del régimen instaurado por Pericles (así se expresa de manera inequívoca en el libro II, cap. 65). Esto significa básicamente dos cosas: su apoyo decidido al régimen democrático de la polis según el estilo de Pericles (lo que implicaba un cierto control de las masas por una minoría dirigente), y, por otra parte, una defensa firme de la concepción imperialista de Atenas. En este sentido, nuestro autor fundamenta sus convicciones en la más pura ortodoxia de los sofistas, que defienden el pragmatismo más radical, que avasalla el derecho moral y, de justicia que puede asistir al más débil. Suyas son también, por ejemplo, las siguientes palabras del libro V:

Lo sabemos tan bien como vosotros, en el cálculo humano la cuestión de la Justicia se plantea sólo entre fuerzas iguales, si no, el fuerte impone su decisión y el débil cede... Ya que por una ley natural inexorable, dioses y hombres dominan a quienes superan en poder. Y no hemos sido nosotros los que hemos establecido esta ley, ni fuimos los primeros en aplicarla. Existía ya cuando la recibimos, y la habremos de dejar a la posteridad para que continúe vigente<sup>7</sup>.

7. Cf. las palabras del propio autor en II, 65. En este sentido, se ha llegado a decir que Tucídides era más partidario de una «oligarquía generosa» que de una «democracia moderada». El asunto ha sido objeto de interpretaciones contrapuestas (y hay abundantísima bibliografía) por la tendencia a ubicarlo y establecer paralelismos con los partidos o personajes políticos de cada época. Muy interesante al

¿Es Tucídides quien aquí nos habla? ¿Lo hace en tanto que sólo está reflejando la situación vivida en Melos el año 415? ¿Con qué intención lo hace?, ¿con la de adoctrinar a futuros lectores? ¿Es un programa político? Recomendamos A. Woodhead, *Thucydides on the Nature of Power*, Cambridge, Mass., 1970.

## 2. La obra de Tucídides como historiador

A nuestro entender, cualquier estudio que verse sobre el método historiográfico de un autor deberá tratar al menos los dos aspectos siguientes:

a) Atender a los problemas concernientes a la *heurística*, esto es, todo lo relativo al asunto, que suele ser complejo, de las fuentes históricas, su existencia, su crítica, su autenticidad, etc., es decir, la llamada *Quellenforschung*. Pues bien, en este sentido se ha hecho notar que Tucídides representa, si lo comparamos con su más egregio antecesor, Heródoto<sup>8</sup>, un nivel cualitativamente distinto, caracterizado

respecto es el libro de J. de Romilly, *Thucydide et l'imperialisme athénien*, París, 1951<sup>2</sup>. Sobre la figura de demócrata de Tucídides, cf. H. D. Westlake, «The Subjectivity of Thucydides, his Treatment of the Four Hundred at Athens», *Bull. John Rylands Library*, 56, 1973, 208 y ss., y G. Donini, *La posizione di Tucídide verso il governo dei Cinquemila*, Turín, 1969.

8. En español disponemos del exhaustivo estudio de D. Plácido, «De Heródoto a Tucídides», *Gerión*, 4, 1986, 17-46. Sobre el carácter escrito de la historiografía tucididea frente a la herodotea, cf. B. Gentili-G. Cerri, *Le teorie del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica*, Roma, 1975. Y sobre la comparación de Heródoto y Tucídides, véase H. Rawlings, *The Structure of Thucydides' History*, Princeton Univ. Press, 1981. A propósito del empleo de las fuentes por parte de Tucídides, cf. C. Meyer, *Die Urkunden im Geschichtswerk des Thukydides*, Múnich, 1955.

por el tránsito de una historiografía de tono marcadamente oral a una en la que el carácter escrito de la transmisión va afianzándose progresivamente. Nos consta que Tucídides se ha servido de Heródoto y de Helánico<sup>9</sup> para algunos pasajes de la pentecontencia, de Antíoco de Siracusa para la ocupación de Sicilia por los griegos, de determinados documentos oficiales (que conservan a veces algunas de sus peculiaridades dialectales, como en V, 77, 79), cartas, inscripciones y otras evidencias de carácter arqueológico (las sepulturas halladas en la isla de Delos, la estructura urbanística de Esparta o Atenas, etc.). Es verdad que el propio Tucídides se interesa por presentar su obra con visos de originalidad, poniendo de manifiesto las diferencias que a su juicio existen entre su concepción histórica y la de sus predecesores (sean éstos autores de obras de genealogía, de asentamientos y colonizaciones, de literatura etnográfica o de tipo periegético y cartográfico), y sabemos del prurito que sentía por silenciar en ocasiones las fuentes utilizadas en la redacción de su historia. Algún crítico moderno ya ha habido que afirmara que con esta negligencia ha faltado Tucídides a una de las obligaciones primeras (bajo el punto de vista metodológico) de lo que debe ser un historiador competente y serio. Collingwood, en efecto, llegó a acusarle de tener «mala conciencia», e interpreta que si nuestro autor no informó del origen de sus fuentes fue porque de haberlo hecho se habría podido ver envuelto en algún compromiso delicado, por sus contactos con el bando peloponesio durante los años que anduvo fuera de Atenas. ¿De quién pudo obtener ciertas informaciones confidenciales: del estratega

9. Cf. Heródoto, VI, 57, IX, 13, 53, así como el propio Tucídides, I, 20 y 89, y S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Bari, 1966, además de J. H. Schreiner, «Historical Methods, Hellenikos and the era of Kimon», *OAth*, 15, 1984, 163-171.



espartano Brásidas, del prófugo Alcibíades?<sup>10</sup> En fin, a la hora de sistematizar un poco sobre el papel que Tucídides otorga a la heurística, hay que decir que para nuestro autor son dos los tipos de fuentes básicas de información: una, la propia información personal obtenida presencialmente por el historiador (*hois autòs parēn*), y, en segundo lugar, la información obtenida a través de otros (*parà tōn állōn pynthanómēnos*).

b) Considerar todo lo relativo a la *síntesis histórica*, entendiendo por tal los problemas de composición de la obra (en cuanto obra histórica literariamente redactada), a la propia personalidad y psicología del historiador, su formación cultural, política y filosófica o religiosa. A este propósito no resulta ocioso recordar que una de las características diferenciales entre el historiador antiguo y el historiador moderno es que con frecuencia en la Antigüedad, antes de que apareciera la profesionalización del oficio (bástenos recordar los casos de César, Jenofonte, Josefo, Polibio o Tímeo), el historiador es un personaje político o militar, alguien que ha participado directamente en los acontecimientos y sucesos objeto de su narración histórica. Esta singularidad es la que se conoce con el nombre de *autourgía* (concepto típicamente griego, paralelo por lo demás a los de *autopáttheia*, *autopsia*, etc.).

No debemos proseguir sin exponer brevemente algunas nociones relativas al llamado *método historiográfico de Tucídides*. Ha llegado a defenderse la idea de que en la obra de Tucídides interesa más el método que la narración de los hechos relatados. En efecto, Tucídides se ha propuesto como objetivo una *irrenunciable voluntad de objetividad*. El histo-

10. Esta tesis es la que defiende P. A. Brunt en «Thucydides and Alcibiades», *REG*, 65, 1952, 59 y ss. Cf. también H. D. Westlake, «The influence of Alcibiades on Thucydides, Book 8», *Mnemosyne*, 38, 1985, 93-108.

riador debe buscar *to saphés*, es decir, lo cierto, lo seguro, dejando de lado los bellos relatos seductores de poetas y logógrafos (I, 22). La historia debe abandonar esa ingenuidad de corte más o menos etnográfico y teocrático de sus predecesores, para establecer un método de análisis riguroso, una crítica sistemática de las fuentes. Por supuesto que cuando Tucídides excluye a la divinidad del desarrollo de los acontecimientos históricos no hace sino actuar de portavoz del espíritu ilustrado de su época, durante la cual se comienza a tener una confianza cada vez mayor en el propósito del hombre por entender su realidad circundante en términos estrictamente científicos y naturales. Ni siquiera la *Tyche* es en Tucídides una potencia divina, sino más bien el límite azaroso que en ocasiones tienen los hechos humanos. A veces –nos dice el autor– los planes de los hombres (*gnómai*) no se cumplen según cabría esperar, pero no se debe ello a la acción de ningún elemento divino, sino a lo que Tucídides llama el azar, lo incierto del destino<sup>11</sup>. Por otra parte, el historiador debe distinguir entre *los pretextos* que se aducen y las *causas auténticas* que mueven los hilos de la Historia. Es decir, no podemos confundir los motivos aislados, buscados para la ocasión como meros pretextos, y las causas verdaderas<sup>12</sup> (la *alethestáte próphasis*). Los dos pasajes

11. Sobre el papel de los dioses en Tucídides, puede leerse con provecho el trabajo de N. Marinatos, *Thucydides and Religion*, Meisenheim/Glan, 1981. Para el papel que juegan las *gnómai*, cf. V. J. Huart, *Gnóme chez Thucydide et ses contemporains*, París, 1973.

12. La cuestión ha sido muy bien estudiada, desde antiguo, pues afecta a una de las claves del método de nuestro historiador. Modernamente lo ha hecho A. Andrewes, «Thucydides on the Causes of the War», *CIQ*, 9, 1959, 232-239; H. R. Rawlings, *A Semantic Study of próphasis to 400 B. C.*, Wiesbaden, 1975; F. Robert, «Próphasis», *REG*, 89, 1976, 334 y ss., además del *Thucydides*, de la colección *Wege der Forschung*, 98, Darmstadt, 1968, en especial las páginas a cargo de G. Wille, «Zu Stil und Methode des Thucydides», 703 y ss.

clave son los de los libros I, 23, y VI, 60 (este último a propósito de las auténticas causas o «intenciones» de la expedición ateniense a Sicilia). En este empleo del término no debemos ver sólo influencias de Hipócrates y la medicina, sino también de la oratoria, y de modo más particular del orador Antifonte. Para nuestro autor la auténtica causa del conflicto hay que encontrarla en el miedo que el creciente imperialismo ateniense generaba entre los espartanos, que asistían, impotentes, a la extensión del dominio de Atenas sobre las ciudades de buena parte de Jonia y Grecia, restaurando o imponiendo en ellas regímenes democráticos, afines al de Atenas. Sin duda, existieron otras concausas y condicionamientos que hicieron la guerra inevitable (ambiciones partidistas, antagonismos y enfrentamientos sociales, motivos económicos como el decreto megárico, etc.). Pasemos sin embargo a otros asuntos, conexos con este de las causas de la guerra. Habla también Tucídides de que la pretensión de su obra era la de ser una *adquisición para siempre*, porque se proponía establecer los fundamentos mismos de un método correcto de narrar los acontecimientos. Esto sólo será posible si se es capaz de extraer de un caso particular y concreto (los acontecimientos bélicos protagonizados por atenienses y peloponesios durante los veintisiete años de guerra) unas categorías de carácter universal. Sólo así podrá conseguir transmitir unos conocimientos políticos de valor duradero, que trasciendan el momento histórico del conflicto que nos relata. Tucídides extrae del análisis de la realidad concreta la certeza de que la raíz última del estallido bélico no es otra que el temor que sienten los espartanos a perder su influencia y la defensa de sus intereses en beneficio del expansionismo y la irrefrenable ambición de sus adversarios. Su análisis nos parece absolutamente correcto y plenamente realista. Es la ambición del ser humano (desarrollada sobre todo cuando se dan las

circunstancias y medios más favorables) la que estimula y genera los conflictos. Y esto es algo que nos suena extraordinariamente a modernidad, a nuestro siglo, a nuestros días. Tucídides da la impresión de ser un analista político de los que ocupa –por su actualidad– la columna de un periódico de opinión. Su historia, pues, desborda los estrechos límites cronológicos de su época y adquiere así un valor paradigmático e intemporal (propriadamente clásico) gracias a que pocos han conseguido como él analizar las pautas por las que parece regirse el ser humano, tanto individual como socialmente.

Tucídides está planteando, pues, así la cuestión de la *utilidad de la Historia*. ¿Puede afirmarse que la Historia sea *magistra vitae*? Es cierto que Tucídides está convencido de que la historia es irrepetible, y que, por tanto, no cabe interpretar unos acontecimientos como garantía segura para el futuro. Ahora bien, para lo que sí vale la Historia es para encontrar en los sucesos del pasado una ayuda con la que adquirir la capacidad de iluminar situaciones similares que puedan presentarse en el futuro. De ahí que por lo general Tucídides se interese más en su obra por los problemas que afectan a la comunidad, y por los principios generales en los que se sustenta el poder, que por los avatares de la suerte de los individuos aisladamente considerados. En este sentido, Tucídides opera con un criterio claramente selectivo que le lleva a prescindir de cualquier consideración que a su juicio no sea pertinente para los objetivos que se propone. (Así argumenta, por ejemplo, en III, 82, cuando comenta las funestas consecuencias de la guerra:

recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma, con violencia mayor o menor y cambiando de as-

pecto, de acuerdo con las alteraciones que se presenten en cada circunstancia.)

Obviamente hemos de partir de las palabras del propio autor cuando nos afirma en el capítulo inicial del libro I que empezó a escribir su historia desde el comienzo mismo de las hostilidades, aunque tal vez se tratara tan sólo de tomar unas notas que pudieran ser revisadas posteriormente. Pero como, de otro lado, sabemos que Tucídides conoció el final de la guerra (año 404), y en cambio el relato de su narración se interrumpe en el año 411, hay que pensar que Tucídides murió cuando aún no había podido revisar definitivamente su historia. A ello se añaden argumentos de carácter interno. Por ejemplo, hay determinados pasajes pertenecientes a los libros primeros (concretamente I, 93, y II, 65) que de manera inequívoca han sido necesariamente escritos después de conocido el resultado de la guerra, es decir, después del año 404. Otro ejemplo, la ausencia de discursos en los libros V y VIII (donde en cambio sí hay recogido material, a manera de esbozo previo) nos hace pensar que el autor fue sorprendido por la muerte antes de poder redactar definitivamente la totalidad de lo que tenía recopilado. Todo este asunto (que ha sido sometido a un estudio pormenorizado bajo el punto de vista literario e histórico) es el que se conoce con el nombre de *cuestión tucididea*<sup>13</sup>. Se trata de comprobar si Tucídides emprendió su tarea de redactar la historia de la guerra en su integridad (desde el 431 al 404) o si en un principio sólo se interesó por la guerra de los «diez años» (431-421), llamada la Guerra Ar-

13. Sobre la cuestión tucididea, cf. el trabajo antiguo pero sistematizador de la misma a cargo de H. Patzer, *Das Problem des Geschichtsschreibers Thukydides und die thukydideische Frage*, Berlín, 1937, y más recientemente J. H. Finley, *Three Essays on Thucydides*, Cambridge, Mass., 1967.